

EL ACENTO LÉXICO INGLÉS: ANÁLISIS TEÓRICOS Y APLICADOS

RAFAEL MONROY CASAS*
JUAN ANTONIO CUTILLAS
Universidad de Murcia

RESUMEN. *Hace décadas que Daniel Jones realizó la afirmación pesimista de que resulta prácticamente imposible formular generalizaciones que puedan ayudar al aprendiz de inglés a situar el acento primario. En el presente trabajo, hacemos un recorrido por distintas aproximaciones teóricas formuladas con el fin de predecir y explicar el comportamiento acentual del inglés, con especial énfasis en aquellas contribuciones que pueden ser de utilidad en el aula. Desde la fonología estructuralista, pasando por la fonología generativista en sus distintas versiones, la teoría métrica y rítmica, acabando el recorrido en la Teoría de la Optimalidad, cada una de ellas aporta evidencia en un sentido más esperanzador que el esbozado en su día por Jones. Concluimos que, si bien es posible predecir el acento primario en inglés en un número significativo de palabras, es una entelequia pensar que dicho comportamiento acentual puede ser reducido en su totalidad a un conjunto de patrones reglados.*

PALABRAS CLAVE. *Acento primario en inglés, enseñanza, aprendizaje, reglas y generalizaciones, fonología generativa, fonología generativa aplicada, sufijos, fonología métrica, teoría rítmica, Teoría de la Optimalidad.*

ABSTRACT. *Decades ago, Daniel Jones stated that it is practically impossible to formulate generalizations regarding primary stress placement in English. In spite of its pessimistic nature, this view has been widely accepted. In this paper, we aim to review different theoretical approaches put forward to predict and provide an explanation to English stress behaviour. We shall focus on those specific aspects that may prove useful for the teaching of English as a foreign language. This overview comprises structuralist phonology, generative phonology in its different formulations, metrical and rhythmic theory and, finally, Optimality Theory. These provide support in favour of the claim that stating generalizations concerning English stress is more plausible than Jones suggested. We conclude that while it is sensible to say that English primary stress is predictable in a majority of word, it is necessary to acknowledge that no approach can account for the stress patterning of all English words.*

KEY WORDS. *Primary stress in English, teaching, learning, rules and generalizations, generative phonology, applied generative phonology, suffixes, metrical phonology, rhythmic theory, Optimality Theory.*

1. INTRODUCTION

Transcurrido casi un siglo desde que Daniel Jones expresase con desencanto que “no hay reglas” para saber colocar el acento léxico en inglés y que lo mejor que puede hacer el estudiante extranjero es “aprender el acento de cada palabra individualmente” (*Outline* 1918: parr. 920), procede analizar de nuevo este concepto con el fin de ver qué han aportado los avances en lingüística y en qué medida es sostenible hoy día la afirmación del ilustre profesor de fonética.

Frente a esta opinión escéptica, los modelos de formalización fonológica a partir del trabajo de Chomsky y Halle (1968) han defendido que hay sobradas razones para mantener que existe una estructura métrica que justifica los patrones observables de asignación acentual. Así, estudios como los de Liberman y Prince (1977), Halle y Vergnaud (1978), Liberman (1979) o Prince (1983) son los primeros en reivindicar un papel activo para la gramática –entendida en el sentido generativista del término– en los procesos de asignación acentual regular. Más adelante, la denominada *Teoría Rítmica Asimétrica* (Hayes 1985, 1987, 1995; McCarthy y Prince 1986; Prince 1990) sentará las bases para un estudio de la asignación acentual basado en un inventario limitado de pies métricos. A su vez, esta teoría rítmica asimétrica es la principal base para el análisis del acento dentro de la *Teoría de la Optimidad* (Prince y Smolensky 2004 (1993); McCarty y Prince 1993), que se convierte en el paradigma de análisis fonológico dominante en la última década del pasado siglo.

Puede decirse con seguridad que son pocos los fonólogos que, hoy en día, suscribirían la opinión de que la posición del acento léxico está establecida en el léxico del hablante y, por tanto, escapa a cualquier generalización. Tampoco sería fácil encontrar defensores de una explicación exclusivamente gramatical: todas las aproximaciones concluyen que en lenguas como el inglés o el español deben contemplarse fenómenos excepcionales de marcateje del acento en el léxico. A pesar de que esta postura pudiera parecer totalmente contraria a las afirmaciones de Daniel Jones, lo cierto es que resulta paradójicamente compatible. Lo que el fonetista británico afirma con respecto al hablante no nativo no entra necesariamente en contradicción con una determinación gramatical de la posición del acento léxico. La pregunta, quizá, no sea si es posible la determinación del acento léxico a partir de factores sistemáticos y predecibles, sino más bien si los hablantes no nativos tienen acceso a la información de la que sí dispondría un hablante nativo sobre aspectos como, por ejemplo, calidad vocálica. De este modo, la dificultad del establecimiento de la posición del acento léxico se funde (y confunde) con otros problemas asociados con el manejo del sistema de una lengua extranjera.

Son varias las observaciones de Jones sobre las características fonéticas y fonológicas de este concepto que tienen plena validez en la actualidad. Su definición de acento desde el punto de vista de la producción como “grado de fuerza con que una sílaba es emitida” (1972: 245) implicando un incremento en fuerza exhalatoria; su idea de que a nivel perceptual las sílabas se caracterizan por distintos grados de prominencia (tema que desarrolla más extensamente en su libro *The Phoneme* (1950), y, sobre todo, que no

hay que confundir acento (stress) con prominencia, son algunos de los conceptos que han sido y resultan ser fundamentales a la hora de abordar la noción de acento léxico. La idea que, sin embargo, se antepone a su visión un tanto fatalista del fenómeno y que pudiera resultar falsamente tranquilizadora para el aprendiz es su afirmación de que el acento es “esencialmente una acción subjetiva” (1972: 245). Dicho de otro modo, “no hay un modo sencillo de saber qué sílaba o sílabas de una palabra inglesa llevan acento” (O’Connor 1980: 91) ya que se trata de un fenómeno esencialmente perceptual. Esto no invalida el hecho de que nos encontremos con unos parámetros fonéticos adscribibles a dicho fenómeno, como veremos a continuación, pese a que sus correlatos articulatorios no estén perfectamente definidos, ni que en el sistema existan unas sílabas determinadas que tengan un relieve del que carecen otras colindantes.

2. NIVELES DE ACENTO LÉXICO

En un plano fonológico –que es el que realmente nos interesa, puesto que a nivel fonético se da una gama extensa de grados de acento– el tipo de acento que importa conocer es el denominado *acento primario*, que es único en cada lexema y el que, en última instancia, permite el reconocimiento del formato fonológico básico que caracteriza a toda palabra; sobre todo si no es monosílaba. Además del primario, encontramos en inglés un *acento secundario* o acento fuerte no tónico, resultado en ocasiones de la degradación del primario (e.g. *pro₂nunci¹ation*), cuya presencia va inexorablemente unida a la existencia de un acento primario. Diversos autores (e.g. Cruttenden y Gimson, 1994; Roach y Hartman, 1997) consideran suficientes dos niveles. Wells (1990) y Roach (1991) establecen un tercer nivel (*acento terciario*) vinculado a palabras con triple acento (ej. *₂im₃parti¹ality*) o a palabras con prefijos activos (ej. *₂prede₃term¹ination*). Se trata mayormente de sílabas susceptibles de recibir potencialmente un golpe rítmico. D. Jones habla incluso de cuatro niveles, aunque matiza que dicho número es raramente esencial (*Outline*, 1972). G. F. Arnold (1956-57), en uno de los estudios pioneros sobre el acento del inglés RP, habla de dos tipos de acento que vincula a modelos rítmicos: *acento fuerte*, propio de un golpe rítmico fuerte, y *acento débil*, correspondiente a un golpe rítmico débil. El fuerte, a su vez, lo subdivide en ‘tónico fuerte’ y ‘no tónico fuerte’ (1956: 28). Desde una perspectiva pedagógica, es obvio que los acentos terciarios y cuaternarios no revisten la importancia de los dos anteriores, puesto que, a diferencia de los acentos primarios, carecen de capacidad para recibir tanto un golpe rítmico como un acento tonal; tampoco permiten cambio acentual alguno (de secundario a primario) como ocurre con los acentos secundarios, bien por imperativos rítmicos o en posiciones de contraste. De ahí que adoptemos la política simplificadora de Roach (1991), Gimson y Cruttenden (1994) y nos ciñamos a la colocación sistemática del acento primario y en su caso del secundario.

3. TEORÍAS SOBRE LA COLOCACIÓN DEL ACENTO LÉXICO

La colocación del acento léxico inglés ha sido motivo continuo de interés tanto para los que lo intentan abordar desde supuestos teóricos como quienes se interesan por el tema desde una óptica aplicada. Aparentemente, el modelo acentual del inglés no debiera resultar problemático, puesto que es *fijo* en el sentido de que todo acento primario cae, salvo contados casos de corrimiento acentual por razones rítmicas, en la misma sílaba. Sucede, sin embargo, que es al mismo tiempo *libre* ya que, a diferencia de lo que ocurre en lenguas como el finlandés en la que siempre cae en la primera sílaba, o el francés, que lo lleva sistemáticamente en la última, en inglés no va vinculado a la estructura fonológica de modo que sea fácilmente deducible su localización en la palabra; de ahí la dificultad de su aprendizaje.

3.1. *El acento léxico inglés en la fonología estructuralista*

Ya hemos dicho que Jones inicia la que pudiéramos denominar una postura pesimista a la hora de aprender a acentuar las palabras inglesas, idea que se mantendría, en general, hasta la publicación de *The Sound Pattern of English* en 1968. Hay que mencionar, no obstante, la labor de G.F. Arnold cuyo *Stress in English Words* (1956-57) sería el primer intento sistemático de analizar el acento en inglés británico correlacionando el timbre vocálico con las categorías del acento léxico. Al año siguiente, Kingdon (1958) publica su *Grownwork of English Stress*, obra en la que este fonetista realiza un análisis no solo fonológico, sino también morfológico y etimológico de un corpus de palabras bastante extenso. A él debemos el enfoque acentual basado en los sufijos, rechazado por Chomsky y Halle como innecesario, pero del que se han servido en mayor o menor grado ulteriores análisis del acento inglés, como es el caso de E. Fudge, cuya obra *English Word Stress* (1984) es en cierto modo una versión actualizada y refinada del *Groundwork* de Kingdon. Pero ni la contribución y resultados de Arnold, ni de Kingdon –ni los de Fudge para el caso– han sido pedagógicamente explotados al revestir una complejidad que los aleja de los objetivos que persigue una didáctica de lenguas mayormente centrada en niveles de dominio lingüístico no avanzados. Téngase en cuenta que el mayor problema acentual del inglés radica en las voces de origen latino y griego, básicamente polisilábicas y no pertenecientes en su mayoría al vocabulario nuclear del idioma, que es obviamente el objetivo prioritario de quienes aprenden inglés como lengua extranjera. De ahí que el acento léxico haya venido recibiendo una atención casi de pasada en los manuales de fonética inglesa más conocidos, sin que se vea un intento serio por sistematizar de alguna manera la información existente al respecto. Predomina en todos ellos una aproximación al tema en la que se aborda la palabra como un conjunto de fonemas sin tener en cuenta más que de pasada el papel fundamental que pudieran desempeñar dentro de ella tanto los prefijos como los sufijos.

Por otra parte, también es cierto que ni la metodología audiolingual de antes, ni la comunicativa más reciente, han propiciado un enfoque que fuera más allá del análisis

superficial de las formas. De ahí la opinión generalizada de que el único modo de aprender el acento léxico inglés sea a través de la práctica repetida de cada palabra, sirviéndose en todo caso de un diccionario de pronunciación como medio más eficaz para conocer la colocación exacta del acento. En esencia, como señala Dickerson (1978: 113), la enseñanza tradicional no se interesó por el tema del acento debido a que nunca contempló una fonología a nivel de palabra: la instrucción se centró en saber pronunciar sonidos, pero no en saber qué sonidos (acento incluido) intervenían en la configuración de cada palabra concreta. Tendría que venir la fonología generativa para tener una visión del acento léxico más amplia y globalizadora que la que caracterizara al estructuralismo.

3.2. *El acento léxico en la fonología generativa*

Cuando Chomsky y Halle publican en 1968 *The Sound Pattern of English* (SPE), formulan una serie de principios operativos a distintos niveles cuyo objetivo sería precisamente propiciar un marco capaz de dar explicación a los datos empíricos, permitiendo, al mismo tiempo, su generalización. En el caso del acento léxico, una noción fundamental será la de *ciclo fonológico* según la cual las distintas reglas fonológicas se aplican de modo lineal a formas subyacentes, formas de las que no forma parte el acento, sino que se asigna mediante reglas. Lejos del pesimismo estructuralista, la fonología generativa intentará demostrar que, pese al caos aparente que reina en la asignación del acento léxico inglés, la ortografía inglesa constituye un sistema casi óptimo¹ de representación de tales formas subyacentes. Para ello han de intervenir distintas reglas del componente fonológico que se encargarán de realizar una serie de operaciones (asignación de acento entre ellas) hasta lograr una representación sistemática fonética. Así por ejemplo, si tomamos el lexema *Spain*, su representación fonética sistemática sería [spæ̃n]_N en la cual podemos ver que el núcleo se caracteriza por ser [+tenso] (representado por la línea horizontal encima de 'æ̃'). Asignaríamos a continuación el acento léxico a la única sílaba de la palabra (*Regla de asignación acentual*), para luego aplicar la *Regla de diptongación* convirtiéndose en [æ̃|y], seguida a su vez por la *Regla de corrimiento vocálico* [ẽy]. De este modo, obtendríamos la forma fonética sistemática [spẽyn]².

La idea del ciclo fonológico ha resultado ser muy productiva, puesto que permite derivaciones sucesivas desde las cadenas profundas a las estructuras de superficie, dando respuesta de este modo a modelos acentuales distintos que ocurren en palabras que el nativo siente que están relacionadas (ej. *theatre*, *theatrical*, *theatricality*). Sin embargo, presuponen, y así lo afirman Chomsky y Halle, que uno ha de conocer el sistema, lo cual resulta ser un círculo vicioso para todo no nativo que desea saber qué sílaba lleva acento léxico. Con todo, encontramos en la fonología generativa clásica un conjunto de principios que tratan de contrarrestar la idea del acento 'libre', aun a costa de una complejidad que ciertamente rebasa los límites de su posible utilidad para el estudiante extranjero, algo que, por otra parte, no era el objetivo de sus autores.

Por razones de espacio, no es este el momento de entrar en un análisis detallado de la contribución del generativismo en lo que al tratamiento del acento léxico se refiere.

Despojado de todo el formalismo de las reglas fonológicas y de los inevitables tecnicismos, encontramos en el planteamiento de Chomsky y Halle unos principios generales según los cuales cada entrada léxica y toda sílaba aislada es portadora de un acento primario. Una vez que la palabra forma parte del discurso, la regla de asignación acentual (*Main Stress Rule*, o MSR) insertará, aparte del acento primario, distintos grados de acentos (secundario, terciario o acento cero). Además de la raíz de la palabra, los afijos desempeñan un papel importante en la asignación acentual. En resumen, el enfoque que encontramos en SPE referente a la asignación del acento léxico se caracteriza por una serie de principios entre los que destacan los siguientes (Fudge 1975: 278): 1. El carácter cíclico de las reglas, que se aplican a todas las palabras; 2. El rechazo del enfoque afijal que postulara Kingdon; 3. La reducción vocálica de toda vocal no tensa inacentuada; 4. El que todo acento léxico se debilita un grado cada vez que se asigna un acento principal; 5. El uso de reglas de reajuste para alterar o insertar límites en interior de palabra.

3.3. *Fonología generativa aplicada*

El planteamiento de Chomsky y Halle, pese a su interés y al optimismo que en principio pudiera derivarse del hecho de ver que el acento léxico era susceptible de ser regulado, resultó frustrante en un contexto de aula donde no tenía mucho que ofrecer, ya que, en palabras de P. Roach era visto como algo “very confusing” (1991: 92). Efectivamente, aparte de la notación, en ocasiones críptica, empleada en la formalización de cada regla, ni el nativo medio ni, por supuesto, el estudiante extranjero estaban en condiciones de salvar la distancia que separa la forma de superficie (la ortografía) y la forma fonológica abstracta.

La ortografía, pese a la afirmación optimista de Chomsky y Halle, no puede decirse que facilitase pista alguna sobre la condición de tensa/relajada de las distintas vocales nucleares, pues no hay modo de saber por vía ortográfica que, por ejemplo, *man* se caracteriza por un núcleo relajado pero no así *woman*. Este hecho reviste enorme importancia, puesto que en el esquema chomskiano la estructura fonológica subyacente opera precisamente sobre la base de esta dicotomía. En otras palabras, para aplicar la regla de asignación acentual a una forma abstracta subyacente era necesario conocer de antemano si las vocales que intervienen son tensas o relajadas; y esto solo es posible saberlo si conocemos previamente si van o no acentuadas, lo cual no deja de ser un círculo vicioso, como acertadamente señala Dickerson (1978).

Este autor, precisamente, ha tratado de romper dicha circularidad postulando tres macro-reglas que operarían a la inversa: el aprendiz aplicaría reglas pedagógicas que servirían para asignar el acento léxico sin necesidad de conocer previamente el timbre de los núcleos vocálicos. Una vez sabido qué sílaba lleva acento, no entrañaría mayor dificultad predecir la cualidad vocálica en cuestión. La primera, denominada *Regla de acento débil* (Weak Stress Rule), se aplicaría a toda sílaba que precede a la sílaba clave si esta es del tipo V o VC+ y va seguida de finales débiles tales como *-es*, *-ed*, *-ing*, *-er*, *-or*, *-able*, *-al*, *-en*, *-ary*, etc., ej. *minimal*, *punitive*, *secretary*, etc. La segunda regla general, denomina-

La *Regla de acento fuerte* (Strong Stress Rule) que recoge en parte la regla de acento fundamental (MSR) de Chomsky y Halle, se aplica a palabras que tienen final fuerte (i/u C o i/eV) recayendo el acento en la sílaba clave, que es la sílaba inmediatamente precedente (ej. *pedéstrian, pecúliar, rádio; geográfic*, etc). La última regla, la *Regla de acentuación general*, es una adaptación de la Regla de acentuación alternativa (Alternating Stress Rule) de Chomsky y Halle (Dickerson, 1978: 141) ya que asigna acento primario a dos sílabas de distancia a la izquierda de la portadora del acento léxico. Esta regla establece que si tras la sílaba clave sigue un final ‘general’ (finales tales como *-ate, -acy, -ism, -ist, -ise*, etc.), el acento léxico recaerá a la izquierda de dicha sílaba clave (*désignate, legítimacy, módernist...*). El timbre tiene un comportamiento similar a como viéramos en la regla primera en que toda estructura VC, excepto <úC>, o VCC pre-sílaba clave acentuada se realiza como vocal breve.

En esta presentación enormemente resumida de la contribución de Dickerson vemos, por tanto, un intento interesante de rebasar el planteamiento generativista partiendo de sus logros, no sólo en lo que a simplificación formal se refiere, sino también en la formulación de reglas capaces de predecir la colocación del acento léxico junto con el timbre vocálico de la sílaba o sílabas prominentes a partir de la ortografía convencional. En lo referente al timbre vocálico, es obvio que Dickerson alcanza un nivel de generalización bastante más alto que el que vemos en el SPE.

3.3.1. El enfoque afijal de colocación acentual

Señalábamos más arriba que la contribución generativista en el campo del acento léxico, importante como ha sido, no ha tenido eco apenas en el aula; en parte por lo abstracto de las reglas y, sobre todo, por basarse aquellas en un conocimiento del sistema que es ajeno al estudiante de inglés como lengua extranjera. Hemos visto, sin embargo, que planteamientos como el de Dickerson (o el mismo de Schnitzer 1974), pretendían solventar en no poca medida los dos problemas que más acucian al aprendiz: conocer la sílaba que lleva el acento léxico mediante el uso de reglas más pedagógicas y saber, igualmente, el timbre que caracteriza a dicho núcleo vocálico. Con todo, las reglas ni son tan exhaustivas que puedan ser útiles en un contexto de aprendizaje, puesto que quedan muchos aspectos por cubrir, ni tan específicas que sirvan para una variante concreta del inglés, como puede ser el acento RP.

Ya veíamos que este estado de cosas ha inquietado desde primeros de siglo no solo a nivel teórico sino, sobre todo, a nivel de aula, empezando a calar en los editores de texto la idea de que “aunque a primera vista la colocación del acento léxico parece totalmente impredecible y altamente variable, existen reglas y patrones” (Kenworthy 1987: 60).

De entre las diversas aproximaciones pedagógicas al fenómeno cabe destacar la de L. Guierre (1970), quien llevó a cabo un análisis computacional de 40.000 voces del *English Pronouncing Dictionary* de D. Jones y elaboró, al igual que Kingdon, un conjunto de reglas ‘estáticas’ de colocación acentual en función de los finales de las palabras. A nivel teórico, dichas reglas están orientadas a la localización del acento léxico en

la palabra. Se trata no tanto de reglas fonológicas al estilo generativista cuanto de reglas de correspondencia entre pronunciación y forma ortográfica. Guierre, no obstante, difiere de Dickerson en que no establece correspondencia fonológica sistemática entre ortografía y timbre vocálico; en cambio, hace una presentación exhaustiva de los sufijos que regulan el comportamiento léxico.

El planteamiento de Guierre, anterior al de Dickerson, lo recuerda de alguna manera en el sentido de que a) presupone un conocimiento de las partes del habla y b) reconoce el papel que juegan los afijos, si bien da una importancia fundamental a los sufijos que son los que regulan, en su opinión, la colocación acentual. Procedimentalmente, establece cuatro principios generales según los cuales: 1. Cada palabra en forma de cita-ción lleva acento³; 2. No se dan dos sílabas átonas seguidas a comienzo de palabra; 3. No se dan dos sílabas tónicas seguidas en ninguna posición en palabras simples (solamente en compuestos y voces con prefijos); 4. Schwa siempre corresponde a acento débil. Como consecuencia de esto, toda sílaba individual pretónica será necesariamente débil; toda secuencia de dos sílabas pretónicas tendrá el formato /10-/, y toda secuencia de tres sílabas pretónicas seguirá bien el modelo /10-/ o bien el /01-/. La posición del acento /1/ estará regida por la posición que ocupe el primario /2/ (1970: 13).

A diferencia de Dickerson, Guierre no establece una ‘sílabla clave’ sobre la que descansan sus tres principios, sino que son los propios sufijos los que regulan la ubicación acentual. Razones de espacio impiden una presentación exhaustiva de este modelo. Puede consultarse *Acento léxico. Reglas de acentuación inglesa* (Monroy 2004), que se basa en la obra de Guierre, simplificando el aparente atomismo que encontramos en la obra del escritor francés.

3.4. La aportación de la fonología métrica

El marco generativista del SPE se caracterizó por un enfoque *lineal* según el cual todas las reglas fonológicas se desarrollaban de izquierda a derecha, representando los distintos grados de acento (cinco, incluido el no acento) por medio de dígitos (ej. ³*com⁴ple¹ment*) y apareciendo los conjuntos (*bundles*) de rasgos sin un orden prefijado. Este hecho, unido a la incertidumbre que existe en inglés sobre el número de niveles acentuales, especialmente en lo que se refiere a niveles de prominencia no primarios, llevaría a Liberman y Prince en 1977 a formular su teoría de la *Fonología Métrica* según la cual el acento es un concepto ‘relacional’. El acento, desde esta perspectiva, no sería un rasgo inherente a un segmento, sino más bien un rasgo autosegmental propiedad de la palabra en las que los fonemas constituyen el nivel inferior de una jerarquía de unidades fonológicas.

Desde esta perspectiva relacional, toda sílaba acentuada en una palabra es más prominente que otra u otras no acentuadas. La relación entre todas ellas se pone de relieve por medio de un ‘árbol de ramificación binaria’ en el que se refleja el grado de dominio que presenta toda sílaba caracterizada por prominencia. De los dos componentes de la ramificación, uno (el fuerte) constituye la ‘cabeza’, mientras que el elemento más

categoría gramatical. Los sustantivos bisílabos, por ejemplo, suelen llevar acento léxico en la primera sílaba (a) *súgar, cíty*; b) *túlip, final*; c) *cónvict, cóntact*). La explicación de este comportamiento desde la fonología métrica es que la sílaba final es débil, lo cual parece obvio en las voces del grupo a). La justificación para las palabras del grupo b) es que su sílaba final, o mejor dicho, su consonante final es extramétrica, lo que propicia que la vocal precedente quede como sílaba débil; lo mismo es válido para explicar las palabras del grupo c): pese a seguir dos consonantes, se consideran extramétricas en el caso de los sustantivos.

Ahora bien, existen también sustantivos que llevan el golpe acentual en la sílaba aguda, como es el caso de (a) *payée, bambóo, canóe*, (b) *divíne, absúrd, políce*. La explicación que propicia la fonología métrica es decepcionante desde la óptica del estudiante extranjero: en estos casos el acento recae en la segunda sílaba porque se trata de una vocal larga o diptongo, pero la regla ‘no ve’ la consonante o consonantes que sigan por ser extramétricas. Naturalmente, la pregunta que surge desde la perspectiva del aprendiz es cómo saber que tales sílabas son largas o diptongos. Realmente se trata de un conocimiento vedado al no nativo que no acabará de entender –excepto si recurre a la consabida excepción a la regla– por qué *políce* es aguda y en cambio *Vénice* no lo es.

Los sustantivos polisílabos tienen un comportamiento semejante al descrito para los bisílabos. Si analizamos la sílaba afectada por el acento léxico en las palabras (a) *cínema, cámara, América* (b) *cápital, díscipline, ánimál*, la explicación que nos brinda la fonología métrica es que la última sílaba es extramétrica; al tratarse la sílaba precedente de una sílaba débil, pasa el acento a la antepenúltima. Si esta fuese fuerte, atraería el acento, como sucede con *enígma, agénda, uténsil*. Y ¿qué ocurre con palabras como *tomáto, horízón, aróma*, etc.? Que no son esdrújulas por tener núcleo fuerte la sílaba portadora del acento (vocal larga o diptongo).

Al abordar el comportamiento de los afijos, concretamente los sufijos, ya que los prefijos no alteran la colocación del acento (ej. *políte, impolíte*), Prince (1983) distingue entre aquellos sufijos que no alteran el acento que lleva la raíz, como es el caso de **-ment**, los que atraen el acento (**-ee** –*degréé*–, **-esque** –*burlésque*–, etc.), los que desplazan el acento a la sílaba precedente (caso de **-ic**) que hacen que la regla fonológica sea insensible a la cantidad silábica, y un cuarto grupo que lo constituyen sufijos que sí son sensibles a la cantidad silábica y que asignan acento a la vocal que los precede solo si es fuerte, ej. *depártment* ⇔ *departaméntal*).

Los verbos, por su parte, son también sensibles a la cantidad, de tal manera que si, en el caso de formas bisílabas, la final es débil, pasa el acento a la primera (*órder, cárry, ópen, háppen*, etc.). Por el contrario, si la sílaba final es fuerte, atrae el acento (a) *obéy*, (b) *baptíse, avóid*, (c) *constrúct, protéct*, etc. Aquí, como en los sustantivos, la consonante final es extramétrica; en cambio la vocal final que queda seguida de consonante (ej. *enlís-t*) se considera fuerte; de ahí que sea portadora del acento. Los adjetivos tendrían un comportamiento similar al de los verbos: *tíny, tímíd*, etc., son voces llanas por terminar en vocal débil seguida o no de consonante –que se considera extramétrica. En cambio *alíve, robúst*, etc., son voces agudas por tratarse de sílabas fuertes.

3.5. La Teoría Rítmica Asimétrica de Hayes

El trabajo de Hayes (1985, 1987, 1995) ha supuesto un avance fundamental dentro de la teoría métrica que merece recibir tratamiento aparte. Principalmente, porque a partir de sus propuestas, se han construido la mayoría de análisis métricos actuales y, muy especialmente, los realizados dentro del marco de la Teoría de la Optimidad. La teoría rítmica asimétrica de Hayes pivota en torno al concepto de pie métrico en sus dos vertientes principales: en primer lugar, la naturaleza de los elementos que constituyen el pie métrico, ya sean sílabas o moras; en segundo lugar, la configuración estructural del pie dentro de las dos opciones principales, yámbico y trocaico.

Uno de los postulados básicos de la teoría métrica insiste en la naturaleza binaria del pie⁸. Sabemos que para formar un pie necesitamos dos elementos, pero, ¿qué elementos? En un intento de explicar distintos patrones acentuales en las lenguas del mundo, se ha sugerido que existen pies que se componen de dos *sílabas*, mientras que otros están formados por dos *moras* (esto es, dos sílabas débiles o una sílaba fuerte). La existencia de pies que responden a principios moraicos debe encuadrarse en el contexto general de la escala prosódica propuesta a partir del trabajo de Selkirk (1980). Esta discusión nos lleva directamente a la consideración de los distintos tipos de pie propuestos en el inventario asimétrico de Hayes al que venimos haciendo referencia.

Todo pie métrico (ya sea silábico o moraic) tiene un constituyente fuerte y uno débil. En la métrica latina tradicional, se distinguían distintos tipos de pie, según el número de constituyentes y la ordenación de éstos. Aquí sólo prestaremos atención a los dos tipos básicos binarios, puesto que en ellos tiene su origen el sistema de Hayes. Si el pie tiene prominencia inicial (´), estaremos ante un troqueo; si, en cambio, el constituyente más prominente es el final (˙), el resultado que obtendremos es un yambo⁹.

Respetando la distinción tradicional entre pies trocaicos y yámbicos, Hayes añade un elemento más para la diferenciación de éstos. El troqueo se caracterizaría, además de por la prominencia inicial, por la idéntica duración del constituyente fuerte y el débil. El yambo, además de tener prominencia final, se distinguiría por el desequilibrio duracional entre sus constituyentes. Esta asimetría en la consideración de los distintos tipos de pie, esto es, el tomar en consideración la duración sólo en el caso del pie yámbico, se basa en abundante evidencia de estudios psicológicos sobre la percepción rítmica. Al parecer, las distinciones de naturaleza cuantitativa inducen a la agrupación yámbica, mientras que las distinciones de intensidad fomentan agrupamientos trocaicos. En resumen, un pie trocaico tiene prominencia inicial y ésta se expresa únicamente a través de la intensidad; en cambio, un pie yámbico tiene prominencia final y ésta se manifiesta, principalmente, a través de un desequilibrio duracional que ‘favorece’ al elemento fuerte.

El pie trocaico puede ser silábico o moraic; en el caso de los pies yámbicos sólo existe una limitación que establece que éstos pueden incluir como máximo una sílaba fuerte y una débil. El pie trocaico silábico se caracteriza por los siguientes patrones, dependiendo de si la metrificación comienza por el extremo izquierdo (1a) o derecho (1b) de la palabra.

- (1) (a) ´(.) ´(.) ´(.) . (b) . ´(.) ´(.) ´(.)
 (σσ) (σσ) (σσ) σ σ (σσ) (σσ) (σσ)

El pie trocaico moraic presenta una estructura en la que pueden alternar dos sílabas débiles o una sola sílaba fuerte. Lo importante es que cada pie posea como mínimo dos moras. Como en el caso del pie trocaico silábico, también se encuentran patrones distintos, dependiendo de que la metrificación comience por la izquierda (2a) o por la derecha (2b).

- (2) (a) ´(.) ´(.) . ´() ´(.) (b) ´(.) . ´(.) ´() ´(.)
 (μμ) (μμ) μ (μμ) (μμ) (μμ) μ (μμ) (μμ) (μμ)

El pie yámbico puede tener también dos estructuras básicas, dependiendo de si la metrificación comienza de izquierda a derecha (3a) o de derecha a izquierda (3b). Señala Kager (1996: 398) que la mayoría de sistemas métricos yámbicos comienzan a metrificarse de la derecha a la izquierda, e incluso duda que existan yambos formados de izquierda a derecha, sugiriendo que estos podrían ser reanalizados como pies trocaicos de un modo más adecuado.

- (3) (3a) (.) (.) (.) (.) . (3b) (.) . (.) . (.)

Sin embargo, En muchos casos la realidad lingüística contradice las generalizaciones métricas a las que hemos hecho referencia, principalmente por dos motivos:

- (a) No existen suficientes sílabas / moras para formar un pie rítmico. Esto es especialmente común en el caso de palabras monosilábicas, a veces de uso muy habitual.
- (b) Encontramos secuencias de dos o más sílabas no acentuadas.

Cuando no existe suficiente material fónico como para construir un pie mínimo tiene que recurrirse al concepto de *pie defectuoso*, esto es, un pie que no cumple con los requisitos mínimos para ser considerado como tal (estructura bisilábica o bimoraica). Existen lenguas, no obstante, que imponen restricciones sobre el tamaño mínimo de una palabra basadas en criterios métricos. Por ejemplo, lenguas que especifican que no puede haber ninguna palabra menor que un pie silábico, excluyendo así la posibilidad de que existan monosílabos.

Por otro lado, cuando se produce la aparición de dos sílabas no acentuadas seguidas, caben dos explicaciones posibles: o bien admitimos la existencia de pies ternarios (esto es, una sílaba fuerte y dos débiles), o consideramos que alguna de las sílabas o moras son extramétricas. La literatura al respecto favorece, en su mayor parte, las explicaciones que recurren a la extrametricidad, como antes se ha señalado. Los investigadores se resisten a admitir la existencia de pies ternarios, puesto que ello implica aumentar con mucho el inventario de pies posibles, obteniendo a cambio beneficios

muy escasos. Existen casos en los que, la presencia de dos sílabas no acentuadas seguidas, puede explicarse como el resultado de la extrametricidad, que afecta a la primera o última sílaba de una determinada palabra. Pero esto no zanja la discusión sobre la existencia de pies ternarios: se han documentado lenguas en las que la asignación de acento sigue patrones en los que se alterna una sílaba acentuada y dos no acentuadas. Es el caso de la lengua boliviana cayúvuvu (véase Levin 1988) que ha llevado a Hayes (1995) a proponer la distinción entre *Análisis Local Fuerte* y *Análisis Local Débil*. En los casos de análisis local fuerte, obtenemos los patrones yámbicos y trocaicos habituales que hemos discutido y que se pueden ver alterados por factores como la no exhaustividad en el análisis métrico. En los casos (marcados) de análisis local débil, tras la formación de un pie, se salta una sílaba o mora antes de comenzar a construir el siguiente (4).

$$(4) \quad \acute{(\quad)} \cdot \acute{(\quad)} \cdot \acute{(\quad)} \cdot \acute{(\quad)}$$

$$(\sigma\sigma) \sigma (\sigma\sigma) \sigma (\sigma\sigma) \sigma (\sigma\sigma)$$

La extrametricidad, propuesta en primer lugar por Liberman y Prince (1977), no es sólo una respuesta conveniente para la simplificación del inventario de estructuras rítmicas y la explicación de ciertos patrones particulares. Sus defensores basan la necesidad de mantener este instrumento de análisis en el estudio de los patrones acentuales de distintas lenguas (latín, hopi y polaco, entre otras) que parecen excluir explícitamente a la última sílaba de la posibilidad de recibir el acento. Por último, la extrametricidad puede afectar a *segmentos* en lugar de a sílabas completas, lo que puede incidir en que una sílaba que es fuerte en otros contextos (CVC, por ejemplo) sea débil en posición final (CV<C>) y se comporte como tal.

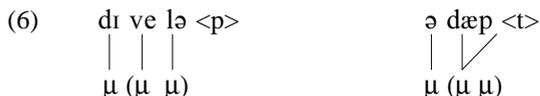
Desde el punto de vista de la docencia en el aula, la teoría métrica de Hayes es considerablemente más sencilla que la presentada en el SPE de Chomsky & Halle (1968). El sistema del inglés queda reducido a un conjunto de troqueos bimoraicos que se forman de derecha a izquierda y que, en el caso de los sustantivos, presentan extrametricidad de la última sílaba (5).

$$(5) \quad \begin{array}{ccc} \text{ə} \text{'me} \text{rɪ} \text{kə} & \text{kə} \text{'neə} \text{rɪ} & \text{ə} \text{'dʒen} \text{də} \\ | \quad | \quad | \quad | & | \quad / \quad | & | \quad / \quad | \\ \mu \quad (\mu) \quad \mu \quad <\mu> & \mu \quad (\mu\mu) \quad <\mu> & \mu \quad (\mu \mu) \quad <\mu> \\ \textit{America} & \textit{canary} & \textit{agenda} \end{array}$$

No obstante, persiste el problema de que los no nativos desconocen la cualidad de la segunda vocal en palabras como *canary* or *horizon*, los diptongos /eə/ y /aɪ/, respectivamente. Sobre esta cuestión se plantean dos preguntas, una de calado teórico y otra, de naturaleza más práctica. En una lengua que, como el inglés, establece una relación estrecha entre acento y cualidad vocálica, ¿cuál es elemento determinante? La teoría métrica asume que la formación de los pies se basa en el peso silábico y, en ese sentido,

es el resultado de la cualidad y ordenación de los segmentos. Así pues, habría poca duda en afirmar que la cualidad vocálica en inglés guarda relación con la asignación acentual, pero no se deriva necesariamente de ésta. Desde una perspectiva práctica, la estrecha relación entre cualidad vocálica y localización del acento hace que, para el aprendiz de inglés como L2, conocer que la segunda sílaba de *canary* o *horizon* contiene un diptongo equivale prácticamente a conocer su patrón acentual. Sin embargo, la observación esencial es que lo imprevisible en palabras como *horizon* o *canary*, lo que viene determinado léxicamente, es la especificación de la vocal en la segunda sílaba y no necesariamente el acento.

Sólo habría que añadir un par de refinamientos al sistema para que funcione de un modo más que aceptable. En primer lugar, una excepción a la regla de extrametricidad que haga que las sílabas intrínsecamente fuertes (esto es, aquellas que tienen una vocal larga o diptongo) atraigan el acento aunque estén situadas en posición final de palabra. Así se explicaría el patrón acentual de palabras como *police* o *igloo*. En segundo lugar, un desarrollo teórico que considere el comportamiento excepcional de las consonantes en posición final de palabra que no parecen contar a efectos de cómputo de peso silábico en el caso de verbos y adjetivos no sufijados. Esto explica el patrón distinto de verbos como *devélop* (acento penúltimo) y *adápt* (acento final):



Mientras que la consonante no final /p/ en la palabra *adapt* computa a efectos de peso silábico y contribuye con una mora, facilitando así la creación de un pie de derecha a izquierda, la consonante final /p/ en *develop* no aumenta el peso de la última sílaba puesto que, en caso de hacerlo, la pronunciación debería ser **develóp*. Una primera aproximación a este problema pasaba por considerar que los sustantivos presentaban extrametricidad de la última sílaba, mientras que verbos y adjetivos se caracterizaban por tener una última consonante extramétrica. Esta solución no parece del todo satisfactoria, lo que ha llevado a propuestas alternativas, debidamente fundamentadas, según las cuales la última consonante de una palabra no es una coda y se adscribe directamente al nodo de la sílaba (véase, por ejemplo Roca y Johnson 1999) o no es una coda porque, en realidad, es la cabeza de una sílaba con un núcleo no realizado (Harris 1994; Harris y Gussman 2003).

El resto de palabras que no siguen estas generalizaciones tendrían que considerarse excepciones con marcaje léxico. En cuanto a la solución que se puede dar a las palabras sufijadas, la diferencia tradicional entre retractores fuertes y débiles del acento se traduciría en que estos últimos presentan extrametricidad del último sufijo, siendo el resto del proceso de asignación acentual regular, mientras que los retractores fuertes parecen forzar algún tipo de acento de naturaleza fijada léxicamente a una cierta distancia del sufijo (7).

(7)	<u>Retradores Débiles</u> <i>mu(ní.cip)<al></i> <i>a.nec.(dót)<al></i> <i>mag.(ná.nim)<ous></i> <i>de.(sír)<ous></i>	<u>Retradores Fuertes</u> <i>húrricàne</i> <i>cándidàte</i> <i>désignàte</i> <i>confísicate</i>
-----	--	---

Las palabras sufijadas de la primera columna siguen el principio regular para la asignación del acento léxico, esto es, formación de pies métricos bimoraicos, alineados con el extremo derecho de la palabra, con un sufijo final extramétrico. Esto explica por qué en ocasiones el patrón resultante es de acento antepenúltimo o penúltimo, dependiendo de que la penúltima sílaba sea bimoraica (fuerte) o monomoraica (débil). En la segunda columna, en cambio, podemos observar que el acento léxico se aleja lo más posible del extremo derecho de la palabra. A estos grandes tipos habría que sumar el de los afijos post-tónicos, que sitúan el acento en la última sílaba de la raíz a la que se añaden, en casos como *académic*, *electricity* y *persónify*, entre otros.

Es evidente que el nivel de complejidad de una descripción del comportamiento de cada uno de los sufijos debería ser mayor. Pero en este caso encontramos un choque entre el interés del docente de lenguas –reducir al mínimo la complejidad de la descripción– y la vocación de exhaustividad del fonetista o fonólogo. Cuanto mayor sea el inventario de sufijos especiales y excepciones, menor será su utilidad en el aula.

3.6. *El acento en la Teoría de la Optimidad*

La Teoría de la Optimidad (Prince & Smolensky 2004 (1993); McCarthy & Prince 1993) ha supuesto un avance considerable en la fonología contemporánea. Aunque enmarcada y definida como desarrollo del generativismo tradicional, esta nueva teoría supone un distanciamiento de los grandes niveles de abstracción y distancia entre formas superficiales y subyacentes que caracterizaban el sistema del SPE. En realidad, la Teoría de la Optimidad es un afluyente más de una corriente que, desde finales del pasado siglo, parece dirigir la investigación fonológica en la dirección del estudio de las formas superficiales. Algunos textos introductorios a esta teoría incluyen el de Achangeli & Langendoen (1997), Kager (1999); Dekkers et al. (2000); Cutillas (2003) y McCarthy (2004).

El trabajo básico sobre la fonología del inglés y, más específicamente, la asignación acentual desde una perspectiva optimalista es el de Hammond (1999). El análisis de Hammond se circunscribe a las palabras monomorfémicas y su descripción se basa en una pronunciación de inglés americano, lo que tiene cierta relevancia a la hora de considerar el peso de sílabas trabadas por /r/ que, en el caso de las variantes no róticas del inglés, serían sencillamente sílabas abiertas. Hammond parte de la proposición de las siguientes generalizaciones (Hammond 1999: 260):

- El acento recae siempre en una de las tres últimas sílabas de la palabra.
- Si la última sílaba está acentuada, debe ser bimoraica (esto es, debe tener una vocal larga o una coda moraica).

- Si la penúltima sílaba está acentuada (y la última no), la última no puede ser larga a nivel del input o acabar en grupo consonántico con la excepción de C+coronal. Si la palabra es verbo o adjetivo, no puede acabar en grupo consonántico de ningún tipo.
- Si la antepenúltima recibe el acento primario:
 - (a) La penúltima no puede ser bimoraica excepto cuando incluya [i, u, eɪ, oʊ] antes de otra vocal: *alien* ['eɪliən], *bedouin* ['beduɪn].
 - (b) La penúltima puede tener coda si la última acaba en [ɹ, i]: *cylinder* ['sɪlɪndɹ], *burgundy* ['bɜːgəndi].
 - (c) Si la antepenúltima está acentuada y es un verbo o adjetivo, la última debe ser [ɹ, n]: *jettison* ['dʒɛrɪsn], *sinister* ['sɪnɪstɹ].
- Si la antepenúltima está acentuada y es un sustantivo, la última no puede ser un grupo de consonantes. Palabras como *asterisk* se consideran polimorfémicas.

A continuación, Hammond esboza un análisis por restricciones cuyo detalle excede los fines de nuestro trabajo. Baste mencionar que la compleja maquinaria de restricciones propuesta es una implementación mediante restricciones de teorías métricas anteriores (tales como la de Hayes, antes mencionada) y que, por su propia naturaleza teórica y su complejidad intrínseca, no puede ser de utilidad para el aprendiz de inglés como lengua extranjera. El interés, pues, en una aproximación optimalista, es eminentemente fonológico y teórico más que aplicado.

4. CONCLUSIÓN

Es obvio que no podemos abarcar la enorme complejidad que reviste el tema del acento en inglés en unas cuantas páginas. De lo dicho, no obstante, creemos que es posible, sin embargo, extraer algunas conclusiones. En primer lugar, constatamos que si bien la colocación del acento léxico en inglés reviste de por sí una gran complejidad, de la que ya fueron conscientes los fonetistas de la época estructuralista, no lo es hasta el extremo de que no pueda sujetarse a regla. El planteamiento de Chomsky y Halle desde la postura del análisis de la competencia del individuo aspira precisamente a poner de relieve los mecanismos con los que se supone opera el hablante nativo. La fonología métrica de Liberman y Pince añade una nueva dimensión al considerar el acento como un concepto relacional y poner de manifiesto la estrecha relación que existe entre los distintos niveles que configuran la palabra. En esta concepción, adquiere relieve el peso silábico como inductor del movimiento acentual en el que operan reglas acentuales que pueden ser o no sensibles a la cantidad silábica. La dificultad en este caso estriba en conocer qué sílabas se consideran extramétricas y cómo identificar un núcleo silábico como fuerte o débil.

La teoría asimétrica de Hayes eleva al pie métrico a la categoría de elemento esencial para la comprensión de la asignación acentual. La idea de que el inglés es una lengua que forma troqueos bimoraicos máximamente alineados con el extremo derecho de

la palabra y que este principio es válido, haciendo la excepción de la extrametricidad que afecta a los sustantivos, para todas las palabras no sufijadas supone un punto de partida valioso para el aprendiz.

Todavía dentro de la corriente generativa, el enfoque de Dickerson se caracteriza por su alto valor pedagógico. Es novedosa su aproximación al fenómeno acentual por medio de tres macro reglas que regulan el comportamiento de los sufijos, como lo es su tratamiento del timbre vocálico, pero queda por ver cómo se plasman dichas reglas en una programación concreta.

En lo que respecta a la Teoría de la Optimidad, no parece aportar avances relevantes en lo que respecta exclusivamente a la docencia de lenguas extranjeras. En cualquier caso, cualquier aplicación al aula de las distintas teorías sobre la asignación del acento primario en inglés tendrá que basarse en un equilibrio entre la exhaustividad y la utilidad práctica de las reglas y orientaciones.

NOTAS

* Correspondencia a: Rafael Monroy. Universidad de Murcia. Departamento de Filología Inglesa. Facultad de Letras. Campus de La Merced. Universidad de Murcia. 30071- Murcia. E-mail: monroy@um.es

1. Escriben Chomsky y Halle: "English orthography, despite its often cited inconsistencies comes remarkably close to being an optimal orthographic system for English" (1968: 49). La idea aparece repetida también en las págs. 49, 69, 80, 184n y 221.
2. Obviamente, la teoría es bastante más compleja de lo que puede reflejar nuestro ejemplo. La forma fonética sistemática puede ser el resultado no solo de las reglas vistas, sino que pueden intervenir todo un conjunto de reglas tales como 'reglas de relajamiento', 'reglas de tensión', 'reglas de no redondeamiento', 'reglas de inserción de Y', 'reglas de supresión de Y', 'reglas de diptongación', 'de palatalización', de 'reducción vocálica', de 'corrimiento vocálico', de 'reajuste', de 'acento nuclear' etc. El contorno acentual de una palabra se obtiene básicamente mediante las siguientes reglas: 1. Regla de sufijo tenso. 2. Regla de acento pre-final. 3. Regla de sílaba acentuada. 4. Regla de acento final. 5. Regla de acento alternativo. 6. Regla II de reducción auxiliar (véase Halle en *Essays on the Sound Patterns of English*, pág. 261 y 262). Para una crítica extensa de SPE, véanse las recensiones de J.E.Hoard, de K.J. Kohler o de J.D. McCawley en el libro mencionado.
3. Guierre (1970) utiliza dígitos como Chomsky y Halle, pero a diferencia de aquellos, altera los valores del acento primario y del secundario del modo siguiente: /2/= acento primario, /1/= acento secundario, /0/ = acento débil.
4. El pie es una unidad fonética en inglés que, además de desempeñar un papel fundamental en el esquema rítmico de la lengua, sirve para dar expresión a distintas generalizaciones fonológicas (Giegerich, 1992:181).
5. En el ejemplo, mantenemos las dos siglas básicas inglesas que respresentan una sílaba débil (=w-eak) y una fuerte (=s-trong).
6. Se trata de una convención en fonología métrica según la cual esta regla es responsable de añadir prominencia extra, reflejada por un asterisco -véase nuestro ejemplo- a la columna más prominente que ocurre a la izquierda o a la derecha de la palabra. En lenguas con acento fijo (ej. el checo, el francés, etc.), esta regla final siempre se aplica a la sílaba portadora del acento fijo.
7. Pese a lo problemática que resulta en inglés la división silábica, es imprescindible definir qué se entiende por sílaba fuerte y sílaba débil antes de proceder a catalogar las sílabas en uno u otro grupo, distinción que es crucial dado que para que una sílaba pueda llevar acento ha de ser fuerte (no que toda sílaba fuerte deba llevar acento). Algunos como Giegerich (1992) introducen, al hablar de factores fonológicos, la noción de 'ambisilabidad' o adscripción de una consonante a dos sílabas al mismo tiempo. Así, si tomamos un ejem-

- plo como *píty*, leemos que en unos casos <ɾ> va con la sílaba siguiente por efecto de la ‘regla de límite silábico’ (*Syllable Boundary Rule*) mientras que su condición de rima compleja (VC) la hace también formar parte de la primera sílaba, siendo esta la condición que predomina en este ejemplo; de ahí el acento en dicha sílaba. Este mecanismo tan ad hoc permite a Giegerich resolver diversos casos. De hecho, entiende la ambisilabidad como “un dispositivo para que una sílaba débil se convierta en fuerte si no hay sílaba fuerte que asuma el acento” (1992: 188). Giegerich establece dos tipos de reglas que intervienen en la configuración de una estructura métrica: *reglas de pie métrico* (toda palabra ha de tener al menos un pie, que recae inexorablemente sobre la sílaba fuerte), y *reglas a nivel de palabra* que establecen, a nivel de nombres con dos pies, que el acento primario recaiga en el derecho si consta de más de una sílaba (ej. *introduction*); prevalecerá el pie izquierdo si se trata de un sustantivo ‘exceptional’ o es un verbo. (1992: 204).
8. Una notable excepción a esta suposición generalizada en el mundo de la fonología es el trabajo de Luigi Burzio (1994), que defiende la existencia de pies ternarios en palabras como *A(mé.ri.ca)*.
 9. En la métrica tradicional latina, existen pies que constan de más de dos constituyentes: los *dactilos* (´ . .), los *anapestos* (. . ´) y toda una amplia variedad de pies secundarios (para una descripción breve, véase Rubio Fernández & González Rolán, 1985: 242-247), que en esta teoría se reducen a un esquema binario.

REFERENCIAS

- Archangeli, D. y Langendoen, D. T., eds. 1997. *Optimality Theory: An Introduction*. Oxford: Blackwell.
- Arnold, G. F. 1957. “Stress in English words”. *Lingua*, 6 (4). 221-441.
- Burzio, L. 1994. *Principles of English Stress*. Cambridge Studies in Linguistics. Cambridge: C.U.P.
- Catford, J. C. 1988. *A Practical Introduction to Phonetics*. Oxford: O.U.P.
- Clark, J. y Yallop, C. 1990. *An Introduction to Phonetics and Phonology*. Oxford: Blackwell.
- Chomsky, N. 1982. *Some Concepts and Consequences of the Theory of Government and Binding*. Cambridge, MA: M.I.T. Press.
- Chomsky, N. y Halle, M. 1968. *The Sound Pattern of English*. Nueva York: Harper & Row.
- Cook, V. J. y Newson, M. 1996. *Chomsky’s Universal Grammar. An Introduction*. Oxford: Blackwell.
- Cruttenden, A. 1994. *Gimson’s Pronunciation of English*. Londres: Arnold.
- Cutillas Espinosa, J. A. 2003. *Teoría Lingüística de la Optimidad. Fonología, Morfología y Aprendizaje*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Cutillas Espinosa, J. A. 2006. *Universalidad y Especificidad de las Restricciones Fonológicas: Acento y Fonotaxis en Inglés*. Barcelona: TDR [Documento de Internet disponible en <http://tdr.cesca.es>].
- Dauer, R. 1983. “Stress-timing and syllable-timing reanalyzed”. *Journal of Phonetics* 11. 51-62.
- Dekkers, J., Leeuw, F. y Weijer, J., eds. 2000. *Optimality Theory: Phonology, Syntax and Acquisition*. Oxford: O.U.P.
- Dickerson, W. B. 1978. “English orthography. A guide to word stress and vowel quality”. *IRAL* 16 (2). 127-147.

- Dickerson, W. B. 1975. "Predicting word stress: Generative rules in an ESL context". *TESL Studies* 1. 38-52.
- Fry, D. B. 1958. "Experiments in the perception of stress". *Language and Speech* 1. 126-152.
- Fudge, E. C. 1984. *English Word Stress*. Londres: Allen & Unwin.
- Fudge, E. C. 1975. "English word-stress, an examination of some basic assumptions". *Essays on the Sound Pattern of English*. Eds. D. L. Goyvaerts y G. K. Pullum. Ghent: E. Story-Scientia. 277-323
- Giegerich, H. J. 1992. *English Phonology. An Introduction*. Cambridge: C.U.P.
- Giegerich, H. J. 1985. *Metrical Phonology and Phonological Structure: German and English*. Cambridge: C.U.P.
- Gimson, A. C. 1980. *An Introduction to the Pronunciation of English*. Londres: Edward Arnold.
- Gimson, A. C. 1956. "The linguistic relevance of stress in English". *Phonetics and Linguistics. A Book of Readings*. Eds. W. E. Jones y J. Laver 1973. Harlow: Longman. 94-102.
- Goyvaerts, D. L. y G. K. Pullum 1975. *Essays on the Sound Pattern of English*. Ghent: E. Story-Scientia.
- Guierre, L. 1970. *Drills in English Stress Patterns*. Longman.
- Halle, M. y Vergnaud, J. R. 1978. *Metrical Structures in Phonology*. Manuscrito, MIT.
- Halle, M. y Vergnaud, J. R. 1987. *An Essay on Stress*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Hammond, M. 1999. *The Phonology of English: A Prosodic Optimality-Theoretic Approach*. Oxford: O.U.P.
- Harris, J. 1994. *English Sound Structure*. Oxford: Blackwell.
- Harris, J. y Gussman, E. 2003. "Word final onsets". [Documento de Internet disponible en <http://roa.rutgers.edu>, ROA 575].
- Hayes, B. 1985. "Iambic and trochaic rhythm in stress rules". *Proceedings of BLS 11: Parasession on Poetics, Metrics and Prosody*. Eds. M. Niepokuj, M. VanClay, V. Nikiforidou y J. Jeder. Berkeley: B.L.S.
- Hayes, B. 1987. "A revised parametric metrical theory". *Proceedings of NELS 17*. Eds. J. McDonough y B. Plunkett. Amherst, MA: G.L.S.A.
- Hayes, B. 1995. *Metrical Stress Theory: Principles and Case Studies*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hyman, L. 1977. "On the nature of the linguistic stress". *Studies in Stress and Accent*. Ed. L. Hyman Los Angeles: Dept. Ling. University of Southern California.
- Hogg, R. y McCully, C. B. 1987. *Metrical Phonology. A Coursebook*. Cambridge: C.U.P.
- Jones, D. 1976 (1950). *The Phoneme; its Nature and Use*. Cambridge: C.U.P.
- Jones, D. 1972 (1918). *An Outline of English Phonetics*. Cambridge: C.U.P.
- Kager, R. 1996. "The metrical theory of word stress". *The Handbook of Phonological Theory*. Ed. J. Goldsmith. Oxford: Blackwell.
- Kager, R. 1999. *Optimality Theory*. Cambridge: C.U.P.
- Kingdon, R. 1958. *The Groundwork of English Stress*. London: Longman.

- Kenworthy, J. 1995. *Teaching English Pronunciation*. Harlow: Longman.
- Ladefoged, P. 1972. *Three Areas of Experimental Phonetics*. Oxford: O.U.P.
- Levin, J. 1988. "Generating ternary feet". *Texas Linguistic Forum* 29. 97-113.
- Lieberman, M.Y. 1979. *The Intonational System of English*. Nueva York: Garland.
- Lilly, R. y Viel, M. 1977. *La prononciation de l'anglais. Regles phonologiques et exercices de transcription*. París: Hachette.
- Lieberman, M y Prince, A. 1977. "On stress and linguistic rhythm". *Linguistic Inquiry* 8. 249-336.
- McCarthy, J. 2002. *A Thematic Guide to Optimality Theory*. Cambridge: C.U.P.
- McCarthy, J. y Prince, A. 1986. *Prosodic Morphology*. Manuscrito, Universidades de Massachussets y Brandeis.
- McCarthy, J. y Prince, A. 1993. *Prosodic Morphology I: Constraint Interaction and Satisfaction*. Manuscrito, Universidad de Massachussets y Universidad Rutgers. [Documento de Internet disponible en <http://roa.rutgers.edu>, ROA 482].
- Monroy, R. 1977. "¿Acento de intensidad en español?" *Español Actual* 32. 18-21.
- Monroy, R. 2004. *El acento léxico inglés. Reglas de acentuación*. Buenos Aires: Libros EnRed.
- Morton, J. y Jassem, W. 1965. "Acoustic correlates of stress". *Language and Speech* 8.
- O'Connor, J. D. 1980. *Better English Pronunciation*. C.U.P.
- Ortiz-Lira, H. 1999. *Word Stress and Sentence Stress*. Santiago de Chile: Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.
- Pennington, M. C. 1996. *Phonology in English Language Teaching*. Londres: Longman.
- Poldauf, I. 1984. *English Word Stress: A Theory of Word Stress Patterns in English*. Oxford: Pergamon Press.
- Prince, A. 1983. "Relating to the grid". *Linguistic Inquiry* 14. 19-100.
- Prince, A. 1990. "Quantitative consequences of rhythmic organization". *Parasession on the Syllable in Phonetics and Phonology*. Ed. M. Ziolkowski, M. Noske y K. Deaton. Chicago: Chicago Linguistic Society.
- Prince, A. y Smolensky, P. 2004 (1993). *Optimality Theory: Constraint Interaction in Generative Grammar*. Oxford: Blackwell. Publicado como manuscrito en 1993, Universidad de Rutgers y Universidad de Colorado. [Documento de Internet disponible en <http://roa.rutgers.edu>, ROA 537].
- P. Roach. 1982. "On the distinction between 'stress-timed' and syllable-timed languages". *Linguistic Controversies*. Ed. D. Crystal. Londres: Edward Arnold. 73-80.
- Roach, P. 1991. *English Phonetics and Phonology*. Cambridge: C.U.P.
- Roach, P. y Hartman, J. 1997. *English Pronouncing Dictionary (Daniel Jones)*. Cambridge: C.U.P.
- Roca, I. y Johnson, W. 1999. *A Course in Phonology*. Oxford: Blackwell.
- Rubio Fernández, L. y González Rolán, T. 1985. *Nueva Gramática Latina*. Madrid: Coloquio.
- Schnitzer, M. L. 1974. "Applied Generative Phonology: A methodology for teaching pronunciation". *IRAL* 12. 289-305.

- Selkirk, E. 1980. "The role of prosodic categories in English word stress". *Linguistic Inquiry* 11. 563-605.
- Vanvik, A. J. 1961. *On Stress in Present-Day English*. Bergen: Norwegian Universities Press.
- Wells, J. 1990. *Longman Pronunciation Dictionary*. Londres: Longman.
- Windsor Lewis, J. 1969. *A Guide to English Pronunciation*. Oslo: Universitetsforlaget.